

DUILIO LURASCHI (\*)

## Beatitud

Llegó Monseñor acompañado por dos representantes de la curia.

Traían no menos de seis portafolios repletos de papeles y expedientes.

Llegaron temprano, a eso de las ocho.

Tengo por costumbre levantarme tarde los jueves, ya que el día anterior tengo consulta desde la mañana hasta la noche, pero, evidentemente, éste era un caso muy importante.

Yo había conocido a Monseñor en el Seminario. Nos hicimos grandes amigos.

Mi hermana vive, desde hace treinta años, de traductora en Portugal, y mi hermano fue director de varios colegios en España.

Yo quise ser sacerdote, pero mi maestro principal le dijo a mis padres que no tenía vocación de servicio, y les aconsejó que siguiera una carrera liberal. Por eso hoy soy profesor en la Universidad de la República. Especialista en dermatología.

Me casé muy joven, con una muchacha que había llegado hacia no más de tres meses de Nueva Helvecia. Pilar era muy dulce y bonita, y conservaba permanentemente una enorme sonrisa, la que no podían disimular ni su timidez y su compostura. La conocí en la fiesta de cumpleaños de mi primo Fernando.

Era callada. Llevaba un vestido azul, y una pequeña petaca entre las manos. La petaca, aunque era diminuta, abrí todos sus dedos, que mantenía siempre tensos.

Tardé no menos de media fiesta en sacarle unas pocas palabras, y la otra mitad para convencerla que bailara conmigo.

El casamiento fue prácticamente pactado. Hablé con mi padre, y él habló con el de ella. En menos de un año estábamos casados, viviendo en una casa inmensa cerca del parque Urbano, enorme para dos personas.

Tuvimos solamente dos hijos: Juan Carlos, el mayor, y Mercedes.

Mi hija estaba conmigo cuando llegaron Monseñor y los representantes de la curia. Le había pedido que no me dejara solo.

Llegaron en un auto moderno, completamente negro, como uno de esos autos de alquiler que siguen las procesiones.

Nos saludamos en la puerta. Monseñor, como siempre, con gesto severo, me presentó a los demás y pasamos a la sala.

—Supe lo de tu esposa, pero no pude comunicarme contigo, estaba en Lisboa.

—No te preocupes, sé que lo sentiste tanto como yo.

—También supe lo de Juan Carlos

—Sí.

—Hoy vinimos con otros motivos, aunque lo de Juan Carlos no lo olvidamos. Está en nuestra agenda. Sabés que la curia llena presente siempre el caso.

—Entiendo.

—Pero, como te decía, hoy nuestra visita es por otro motivo. Monseñor hizo un gesto mínimo y uno de los sacerdotes abrió un par de portafolios. Sacaron sólo los papeles necesarios para una primera presentación del caso, y los dejaron sobre la mesa.

Mercedes llegó de la cocina con una bandaja labrada con tazas de té, y bebimos en silencio. El silencio que se prolongó hasta que el último de los invitados dejó su taza vacía, y todos nos sumergimos en los folios.

—Sabes que estamos estudiando el caso de Sor Amalia. Fue una hermana de la congregación de las dominicas que vivió en distintos conventos del interior del país. Murió a principios del siglo pasado en la ciudad de Maldonado.

—Nunca oí de ella.

—Hay varios indicios de que la hermana sanaba a los enfermos que visitaba no sólo con la oración sino con su mirada. La gran mayoría eran leproso. Junto al convento habían instalado, en aquellos tiempos, un pequeño leprosoario que dependía de la misma congregación, y luego fue clausurado.

—Sabés que estoy bastante alejado a la Iglesia. No creas que me volví ateo...

—Nada de eso. No pensamos nada de eso, sabemos por lo que ha pasado.

Monseñor se tomó con ambas manos los lentes de aro negro y los dos sacerdotes se incorporaron levemente de sus sillas, buscando algo entre los folios desordenados.

—Te decía, hace tiempo que estoy alejado de la Iglesia, no sé por qué venís, aquí, a casa.

—La Santa Sede tiene intenciones de canonizarla.

—¿Una santa en este país?

—Así es.

—Supongo que para ustedes es algo muy importante.

—Por su puesto.



—¿Y por qué vienen a mí? Ustedes pueden beatificarla, canonizarla, hacer realmente lo que quieren.

Los sacerdotes miraron a Monseñor, quien se acercó un poco más a mí, inclinándose suavemente en su silla, y me dijo: —Necesitamos pruebas.

—No necesitan que un médico venga y les diga, señores: esto es un milagro.

—Pero vos sos el Catedrático... Los sanaba con oraciones y les ponía un crucifijo sobre sus párpados —completó la frase.

Mercedes sirvió otra taza de té, pero nadie probó una gota.

—El caso es que la mayoría eran leproso —dijo Monseñor— y con otros Catedráticos no tuvimos mayor suerte.

—El Dr. Sueiro está muy vinculado a la Iglesia —dijo.

—Estaba.

—Pero él es Catedrático en una Universidad Católica.

—Era.

Se hizo otro silencio. Monseñor se dirigió a mí, en voz baja pero segura:

—No voy a discutir ahora ese tema. Estamos hablando del caso de Sor Amalia.

Le quise hacer entender que la Universidad Pública se había apartado considerablemente de la religión, que los fundamentos científicos la mayoría de las veces tiran por tierra todas las enseñanzas de la fe.

—No son incompatibles —me dijo.

Le aclaré que yo no quería decir eso. Que podía decir: a este hombre hay que hacerle tal o cual tratamiento, esta anciana debería estar internada, estas medicinas son las mejores, pero no podría afirmar nada acerca de milagros o de santos.

Los dos sacerdotes permanecían inmóviles, como esas figuras de yeso de las basílicas, Mercedes, unos pasos atrás, de pie, y Monseñor, lentamente, giraba la cuchara en el té, que no toó ni entonces ni luego.

—Entiendo que te hayas alejado de la Iglesia. Lamentamos mucho todo lo que te ha sucedido.

—No es eso, ya te lo dije no es ésa la cuestión.

—¿Te acordás de tus sueños? ¿Recordás a esos leproso

rolándose las espaldas contra las paredes de sal? ¿Olvidaste el Cristo del Seminario?

—Por favor, no es tema religiosos. Para ustedes tal vez, sí, pero no para un científico.

—Podemos hacer algo por Juan Carlos —dijo uno de los sacerdotes.

Los observé.

—¿Vienen por eso?

—No lo veas de ese modo. Queremos que una autoridad en medicina diga si esta hermana, el siglo pasado pudo curar o no a los leproso con la mirada. Es sólo eso.

—¿Qué valor tendría lo que yo pudiese decir? No sé nada ni de ella ni de esos enfermos.

—Por eso trajimos todos estos documentos. Son infinidad de testimonios, donde se afirma que la hermana Amalia sanaba con sus oraciones y con su mirada.

—Ustedes tienen los documentos, para qué me quieren a mí.

—Será, por favor, entrá en razones, es sólo que veas unos papeles.

Los lees, los estudias y nos das tu opinión.

—Nosotros ya comenzamos las tratativas para ayudar a Juan Carlos —dijo uno de los sacerdotes.

—Esto podría llamarse...

—Esto no tiene nombre, es solamente un favor que te pide la Iglesia. Tu Iglesia. Aquí te traigo una carta de tu hermana. Llegó hace unos días al obispado. Es una carta para vos.

—Mi hermana...

—Ella quiere lo mejor para vos y para su sobrino... —hijo una pausa y siguió— te dejamos, debés estar cansado. Sabemos que ayer trabajaste hasta muy tarde, pero no podíamos postergar este asunto.

Monseñor y los dos sacerdotes se levantaron de sus asientos y Mercedes los acompañó hasta la puerta de entrada. Yo me quedé jugando con la cucharita dentro de la taza de té, vacía. La hacía sonar contra los lados y el asa, y luego la enterraba hasta el fondo, como quien entierra un puñal, como todo los puñales que fueron enterrados en el cuerpo del César. Como el puñal de Monseñor.

Una vez más pensé en mi hijo. Apreté los dedos de mis dos manos contra las palmas, lastimándolas, como encerrando algo, con una fuerza inconmensurable, como si quisiese que de mis palmas brotara sangre: la sangre del Cristo del Seminario. En su rostro, en sus manos, e sus pies. Se me cayó, entonces, la cucharita al suelo y allí quedó. No me agaché a recogerla.

Mercedes llegó de la puerta de calle pero permaneció en silencio. La casa toda estaba en silencio. Era algo impúdico. Entonces me levanté y fui hasta un rincón de la sala donde estaba el viejo pasadiscos. Puse la Misa e Re Menor de Mozart.

Me senté en el sillón que se encontraba frente a la ventana, que daba al jardín, y allí quedé, observando todo. Habrían una docena de plantas leas.

Se acercó Mercedes, por detrás, y me abrazó, pasándome los dos brazos azules por el cuello.

Mi vista estaba en el jardín, en el camino sinuoso y la higuera, en el muro de ladrillos maltecho, que moría abruptamente frente a un cantero. Entonces me pareció ver algo: era mi hijo. Su cara sonriente en la foto que se tomó cuando ingresó al Seminario. Y luego otra foto: flaco, sucio, en feroz estado de pobreza, en Madagascar. La iglesia no lo denunció a las autoridades civiles, quizá hubiese sido más leve el castigo.

Unos arbustos se sacudieron de golpe, y me sobresalté. Observé el cielo.

Le dije, en voz baja, a mi hija:

—Mercedes

—¿Papá?

—Por favor, alcanzame esos papeles.

(\*) Duilio Luraschi. Montevideo, 1963. Ha publicado: *Verbo*, *El Infierno*, *El huésped*, *Providencias*, *Las fieras*, *Montevideo*, *Estación Perera*

